

TIEMPOS DE PANDEMIA,... EDUCACIÓN... y DESPUÉS...

Prueba y metáfora

Por la emergencia Covid-19 toda la humanidad ha sido puesta a prueba. La pandemia nos puso y continúa haciéndolo, en una situación dramática, con una repercusión en la desestabilización de nuestro proyecto de vida. Como lo han hecho en la historia las pestes, las hambrunas y las mismas guerras. Pero nunca la humanidad se había imaginado que para sobrevivir a una calamidad deberíamos aislarnos unos de otros.

De ahí que la metáfora entre la guerra bélica y la médica tiene sus contrapuntos. Por empezar el enemigo es invisible, aunque sabemos que para vencerlo depende de nuestra acción conjunta y solidaria. En esta guerra el enemigo no nos viene a buscar sino que lo encontramos sin darnos cuenta en un campo de batalla universal, por eso nos tenemos que cuidar, esconder y aislar de manera solidaria, para que no nos encuentre. Como para que la victoria sea silenciosa, como la asistencia anónima de tantos profesionales de la salud.

Pero nos estamos dando cuenta que a medida que aprendemos a vivir aislados unos de otro, comprobamos que, para todos, vivir con los demás es esencial. De hecho ya extrañamos la vida social, el barrio, los amigos y la misma escuela lugar privilegiado para el aprendizaje, para la vida comunitaria, la amistad, la empatía y la convivencia. La cuarentena nos ha enseñado que el mismo hogar necesita, para su realización y felicidad plena, de todas las dimensiones sociales y comunitarias.

El confinamiento nos ha provocado normalidades no queridas, como la ansiedad, el miedo y la incertidumbre. Además nos ha resultado nuevo: no salir a la calle, ir enmascarados, el trabajo virtual y la continuidad pedagógica lejos de nuestro trabajo cotidiano y en nuestras escuelas. Aunque hemos aprendido sí, la experiencia nueva de contacto virtual, que podrá enriquecernos cuando se recupere la vida a que estamos acostumbrados.

Pero nadie quiere, ni por asomo, que todo ello se convierta en una “nueva normalidad”. Todo “lo nuevo” que nos sucede desde que supimos de las cuarentenas sucesivas exigidas por la realidad y decretadas por el poder político, (obediencia y confianza) ha constituido algo trágico y no queremos que, a secas, se convierta en “la futura normalidad”.

Y reiterando la idea, para el caso de la educación no queremos una “nueva normalidad” que nos aisle y distancie aprendiendo sin comunidad educativa; porque ella perfecciona todo lo que tiene que ver con la educación.

Lo aprendido desde la precariedad humana y la incertidumbre en tiempos de pandemia

José Saramago escribió el “Ensayo sobre la ceguera”, libro lúcido e impactante, como toda la obra del escritor. Describe: Un hombre parado ante un semáforo en rojo y que de pronto pierde la vista y es el inicio de una pandemia imprevista que afecta a la ciudad completa. Nadie preveía algo así, pero sucede. La pérdida de visión se expande. La población sería confinada en cuarentena por el gobierno y luego reclusa, hasta que los guardianes pierden también la vista. Tras la impotencia inicial, sale al exterior lo peor del ser humano: la insensibilidad, el egoísmo más rabioso, un primitivismo conductual donde la supervivencia propia arrincona las mínimas pautas cívicas y éticas. Se describen en la novela desabastecimientos de alimentos que producen comportamientos enfermizos similares a los acopios reales, enloquecidos, provocados por el actual coronavirus, como el papel higiénico, el alcohol en gel, los barbijos,...cuando lo que más necesitamos limpiar son nuestra almas.

Hasta negocios bajo el soporte de la oscuridad y el aprovechamiento del pánico colectivo hacen que en el libro de Saramago triunfen los más amoraless y quienes quieren beneficiarse insolidariamente. Ello, sin que les apene causar daños a otros. La galería de exhibición de los instintos más bajos desazona, leyendo el libro. Similar a la corrupción en la pandemia de funcionarios inescrupulosos, comprando alimentos para los más pobres, a alto costo a beneficio personal; es ocasional coincidencia con lo descrito en la novela.

Los pocos que en el Ensayo no llegaron a perder, pese a la ceguera, sus valores humanos intentan desarrollar el ingenio junto a una mínima organización y convivencia para sobrevivir en una sociedad precarizada por esa pandemia.

La precariedad humana y la incertidumbre, el miedo y la ansiedad, que narra el libro son algo que hoy está también muy presente, y no es por obra de un escritor visionario.

El grupo de los supervivientes no depravados por la maldad o la miseria va caminando en su ceguera conducido por la única persona que no ha perdido la vista: la mujer del médico. Ella sí puede ver, convirtiéndose en guía de esos pocos, con un sufrimiento inmenso.

De repente, igual que llegó la sombra, volvió la luz. Tras dormir, uno de ellos repentinamente “abrió los ojos y vio. Vio y gritó”, y así sucedió con los demás. Todos recuperaron la visión. Allí estaba la basura y porquería esparcida, pero “la ciudad aún estaba allí”. Así termina la novela.

Alberto Olmos, ensayista español, concluye: *Así termina esa obra que conjuga literatura y sabiduría, en la que el mago Saramago nos lleva a cerrar los ojos para que cuando los abramos hayamos podido rescatar el afecto, la esperanza, el valor de la solidaridad y la ética del amor. Que del escritor aprendamos alguna lección, como también lo hagamos desde la pandemia actual. Si no, se repetirá. En el caso de él, utilizó la palabra ‘ensayo’.* (

El coronavirus según Saramago. El Confidencial 28-4-2020)

La pandemia, como primera evidencia extrema, ha puesto de relieve y con dureza inesperada la precariedad que marca radicalmente nuestra existencia. Los avances mundiales de la ciencia y la tecnología son notables y podemos ponderar los extraordinarios recursos de protección y cuidado que nuestro progreso acumula, pero que no hemos vigilado para que lleguen a todos. La misma ciencia tiene sus límites. Ya lo sabíamos: sus resultados son siempre parciales, ya sea porque se concentra en ciertos aspectos de la realidad dejando otros, o por el propio estado de sus teorías, que son, en todo caso provisoria y revisables. La precariedad humana, la incertidumbre y los límites también parecen globales, reales y comunes.

Como en la novela de Saramago, hace algunos días que vivimos en noche cerrada y “es difícil imaginar un día en el que será ya día”.

Frente al pesimismo colectivo, debe amanecer un optimismo de la esperanza si sabemos qué hacer con ella. Ante la ceguera, se preguntaba Saramago : *¿cabe alguna esperanza?*.

La respuesta no debe ser otra que a pesar de la ceguera y del coronavirus, nos queda una esperanza: saber cómo el ser humano podrá recobrar la solidaridad, su dignidad y la confianza, contagiados unos con otros hasta conseguirlo. Pura empatía.

Solidarios en la vulnerabilidad y encomendado unos a otros

La errónea expresión “mi vida depende única y exclusivamente de mi”, no refleja nuestra interdependencia. Somos parte de la humanidad y la humanidad es parte de nosotros: debemos aceptar estas dependencias y apreciar la responsabilidad que nos hace participantes y protagonistas. Resulta palpable lo estrechamente conectados y globalizados que estamos todos: y de hecho, en nuestra exposición a la vulnerabilidad somos más interdependientes que en nuestros aportes de eficiencia.

Para bien o para mal, nuestras libertades siempre se entrelazan y superponen y las consecuencias de nuestras acciones siempre recaen sobre los demás. Nunca hay actos individuales que no tengan consecuencias; esto se aplica a los individuos, lo mismo que a las sociedades, comunidades, países y población en general. Así pues, descubrimos que la salud de cada individuo, tan vulnerable, depende de la de todos. Y por analogía, esta realidad se extiende a todos los campos de la convivencia social. La educación también depende unos de otros.

Estamos llamados a reconocer, con nueva y profunda emoción, que estamos encomendados los unos a los otros. Nunca antes la relación de los cuidados se había presentado como el paradigma fundamental de nuestra convivencia humana. Como si fuera el grito de una nueva fraternidad universal.

Y ya tenemos un signo de este cambio hacia las acciones responsables y el comportamiento fraternal. Lo vemos con especial claridad en la dedicación de los médicos y trabajadores de la salud, que ponen generosamente todas sus energías en acción, a veces incluso a riesgo de la propia salud y vida, para aliviar el sufrimiento de los enfermos, buscando su sanación.

Junto a todos ellos, todas esas mujeres y hombres que cada día eligen positiva y valientemente proteger a los demás, asumiendo riesgos inéditos, en tareas laborales brindando seguridad a la población.

El ejercicio de la profundidad de esas misiones y responsabilidades se crea un contexto simbólico de cohesión y unidad, de alianza y solidaridad y cercanía.

Su despliegue va más allá de la lógica de los vínculos contractuales, lo que demuestra que la tarea es ante todo una esfera de expresión de significados y valores, y no una “mercancía” que se intercambia por una remuneración.

La educación: un vínculo social puesto a prueba...

También la educación es un vínculo social puesto a prueba. Es un brazo social de fuerza unido al de la salud, el trabajo, la solidaridad, etc... Pero también pueden funcionar como fuerzas centrípetas, destrozando los lazos de convivencia.

En esta situación de aislamiento, por ejemplo, las relaciones entre familias y escuelas, entre padres, docentes, directivos pueden constituirse como un espacio hostil –en el cual se reflejan los malestares –, o como una zona constructiva de confluencia, cooperación y empatía y confianza. Imposible establecer una relación significativa y positiva cuando emerge como primer elemento la descalificación o la queja mutua. El reconocimiento del otro como interlocutor, es un punto de partida necesario para pensar la convivencia en orden a la continuidad pedagógica a que nos obliga la pandemia.

En épocas de cuarentena, el testimonio que familias y escuelas proporcionen, colaborando mutuamente en el cumplimiento de las funciones que les son propias es el mejor ejemplo que pueden vivenciar los propios niños y jóvenes, como hijos y como alumnos.

Para qué la escuela

La gran aventura del humanismo de ayer, hoy y mañana es liberarnos de la cultura retributiva que domina unos sobre los otros y culpabiliza al vencido. Cuando buscamos el sentido de la vida, queremos un relato que explique la realidad y nos permita vislumbrar cuál es nuestro papel concreto en ella. Este papel me convierte en una parte de algo más grande que yo y da sentido a todas las experiencias y elecciones por las que tenemos que optar. Ahí debe estar la escuela.

Algunos han afirmado que la voz que oímos en nuestra cabeza nunca puede ser digna de confianza, porque siempre reflejará la propaganda, el lavado ideológico del cerebro y la propaganda comercial, por no mencionar la biotecnología y el aprendizaje automático y que a medida que mejoren, se hará más fácil manipular las emociones y los sentimientos de la gente, y resultará más difícil que nunca seguir simplemente nuestro corazón y el sentido común.

El siglo xxi está siendo diferente. Por si faltara una evidencia lo constatamos en tiempos de pandemia. Debido a la velocidad creciente del cambio, nunca puedes estar seguro de si lo que dicen es sabiduría intemporal acumulada o prejuicio anticuado. Para estar a la altura del mundo que ya vivimos y el que viene, necesitamos no sólo inventar nuevas ideas y productos: sobre todo necesitamos reinventarnos una y otra vez a nosotros mismos. Lo más importante de todo será la capacidad de habérselas con el cambio, de aprender sobre los hechos que devienen y mantener el equilibrio mental en situaciones con las que no estamos familiarizados.

Una mirada especial a los maestros, profesores y directivos. Sin ellos, hablaríamos de una escuela en abstracto.

El primer mal de la escuela no es la ignorancia de los alumnos y las deficiencias de los docentes, sino el desprecio que pueden sufrir por ello. La respuesta es la consideración. De ahí surge la necesidad de brindar en todo el proceso educativo la confianza entre alumnos y docentes, con el fin de enseñar y aprender. Así, maestros y alumnos no solo son su la fuente del enseñar y aprender, sino su caudal. Entendiendo que uno aprende y sabe no sólo por los conocimientos, sino por la comprensión y el amor que en el proceso pedagógico se brindan docentes y alumnos. Porque todo lo que no se enseña con amor debilita. Y débil es aquel a quien se separa de lo que podría querer y apreciar. El querer y ser querido forman parte de la relación pedagógica, es decir, no se puede no querer algo del otro cuando se enseña y no esperar nada. Para enseñar filosofía a Pedro, primero hay que saber de Pedro.

Concluyo...Entonces... ¿qué tendríamos que enseñar y aprender? Muchos pedagogos y expertos indican que en las escuelas se debería dedicar el mayor tiempo a enseñar “ las cuatro ces”: pensamiento crítico, comunicación, colaboración y creatividad. De manera más amplia, tendrían que restar importancia a las habilidades específicas y hacer hincapié en las habilidades de uso general en la vida. (Cfr. 21 Lecciones para el siglo XXI. Yubal N. Harari)

En este cuidado y relación mutua están los educadores, que en medio de las limitaciones están desplegando lo mejor de su vocación. Hay que trabajar más en las viejas normalidades todavía válidas, algunas llenas de carencias y grandes esperanzas, en lugar de intentar nuevas normalidades que siempre se nos diluyen. Para ello, es importante

asumir la realidad de que 11 millones de alumnos de la Argentina están atravesando hoy la escolarización en casa. Más de la mitad viven en hogares pobres con limitado capital cultural. El 40% no tiene internet fijo y poco más de un tercio de los niños acceden a dispositivos y conexiones de calidad para actividades educativas sincronizada, según el último informe del Observatorio para la Educación.

Si algo tiene que acontecer sobre la nueva normalidad es que esos 11 millones, sin dejar a nadie afuera, reciban la educación que todos en justicia merecemos. “Para que no sea difícil imaginar un día en la escuela que será ya el día...”
